

MICHAEL AXWORTHY

TRADUCCIÓN DE GREGORIO CANTERA

Irán

*Una historia desde
Zoroastro hasta hoy*



TURNER

Título original:

Iran: Empire of the Mind

Edición original en inglés: Penguin Books Ltd., 2007

© Michael Axworthy, 2007. All rights reserved

De esta edición:

© Turner Publicaciones S.L., 2010

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

www.turnerlibros.com

Primera edición: mayo de 2010

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

ISBN: 978-84-7506-925-8

De la traducción:

© Gregorio Cantera, 2010

Diseño de la colección:

Enric Satué

Ilustración de cubierta:

The Studio of Fernando Gutiérrez

Depósito Legal: S-

Impreso en España

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

turner@turnerlibros.com

ÍNDICE

Prefacio. La asombrosa persistencia de Irán como idea	13
I Los orígenes: Zoroastro, la dinastía aqueménida y los griegos	17
II El resurgimiento iraní: partos y sasánidas	51
III El Islam y otras invasiones: árabes, turcos y mongoles. La reconquista iraní del Islam: sufíes y poetas	91
IV Chiíes y safavíes	147
V La caída de los safavíes, el sah Nader, el interregno del siglo XVIII; primeros años de la dinastía qayarí	173
VI La crisis de la dinastía qayarí, la revolución de 1905-1911 y el acceso al poder de la dinastía pahlevi	219
VII La dinastía pahlevi y la revolución de 1979	259
VIII Irán tras la revolución: resurgimiento islámico, guerra y enfrentamientos	305
IX De Jatami a Ahmadineyad: Irán en dificultades	331
Sobre la transliteración	345
Ilustraciones y mapas	347
Notas	349
Selección bibliográfica	361
Índice general y onomástico	369
Agradecimientos	381

A mi esposa Sally
Das Ewig-Weibliche zieht uns hinan

... Sin embargo, cuando comencé a meditar sobre tales afirmaciones, no me parecieron aceptables los argumentos esgrimidos para dar por sentada la grandeza del hombre que, como intermediario de las cosas creadas, próximo a los dioses y señor de las criaturas inferiores por la agudeza de sus sentidos, la clarividencia de su razón y la luz de su inteligencia, se erige en intérprete de la naturaleza, en nexa ineludible entre el tiempo y la eternidad y, al decir de los persas, en vínculo íntimo de unión, insigne epitalamio con el mundo, poco inferior a los ángeles, como nos asegura David. Magníficas consideraciones, sin duda, que no acaban de dar respuesta a la cuestión que nos ocupa...

...Euanthes, el persa, [...] afirmaba que el hombre no dispone de una imagen primigenia de sí mismo, sino que muchas de las cosas que se le asemejan revisten sorprendentes formas del todo ajenas: "El hombre es un ser de naturaleza heterogénea, multiforme y cambiante". ¿Por qué insisto en tales reflexiones? Dado que, por nuestra condición, desde que nacemos podemos llegar a ser lo que bien hayamos decidido, hemos de aceptar que nuestro deber primordial consiste en velar por mantenerla, de forma que nadie pueda decir de nosotros que hemos dejado de lado nuestra posición de privilegio, equiparándonos a los animales y a las sandias bestias... Que, por encima de todo, no hagamos mal uso de la libertad de elección que Dios nos ha concedido, sino que la desarrollemos según nuestro leal y mejor entender. Que una sacrosanta ambición se adueñe de nuestras almas, de forma que jamás nos demos por satisfechos con la mediocridad, y más bien nos afanemos en alcanzar las más excelsas cotas y en dicha tarea pongamos todo nuestro empeño.

PICO DELLA MIRANDOLA
Discurso sobre la dignidad del hombre



Zonas lingüísticas y tribales correspondientes a regiones tradicionalmente pobladas por las diferentes tribus en los siglos XVIII y XIX.

PREFACIO

LA ASOMBROSA PERSISTENCIA DE IRÁN COMO IDEA

*Har kas ke bedanad va bedanad ke bedanad
Ab-e kherad az gombad-e gardun bejahanad
Har kas ke nadanad va bedanad ke nadanad
Langan kharak-e khish be manzel beresasad
Har kas ke nadanad va nadanad ke nadanad
Dar jahl-e morakkab ‘abad od-dahr bemanad.*

[Para quien sabe, y sabe que sabe,
al cielo se alza de la mente el corcel.
Quien no sabe, pero sabe que no sabe,
en cojitranco rucio el destino intuye.
Quien no sabe, y no sabe que no sabe,
esclavo ha de ser de semejante desatino.]

Poema atribuido a Naser OD-DIN TUSI,
1201-1274, que se anticipó hace siete
siglos a Donald Rumsfeld

Violencia y drama, invasiones, conquistas, batallas y revoluciones, estos son los colores de fondo que tiñen la historia iraní, que se remonta a épocas remotas y se extiende sobre territorios muy extensos. Tampoco faltan los correspondientes matices religiosos, geopolíticos e intelectuales, que desencadenaron profundos cambios dentro del país y se abrieron paso en el mundo entero. Con los interrogantes propios de una situación nueva, el Irán de hoy también reclama nuestra atención. ¿Estamos ante una potencia agresora, o ante un país víctima de los tiempos que nos ha tocado vivir? ¿Cuál ha sido la actitud tradicional de los iraníes como pueblo, expansionista o más bien pasiva y defensiva? ¿Cómo es el chiismo iraní: es quietista o, por el contrario, se trata de un movimiento violento, revolucionario y milenarista? Sólo si nos atenemos a los hechos históricos podremos encontrar respuestas para estas preguntas.

Irán es, desde tiempos inmemoriales, una civilización extraordinariamente compleja e influyente. No hay una sola faceta de la cultura iraní que, a lo largo de la historia y de un modo u otro, no haya incidido en el devenir de los seres humanos. Pero éste es un fenómeno para el que habitualmente carecemos de explicación, o que simplemente hemos olvidado.

Irán es una nación de marcados contrastes y de contradicciones y situaciones excepcionales. Los que no lo conocen a fondo imaginan un país casi desértico y abrasador, cuando en realidad se trata de un territorio de montañas elevadas y clima frío, junto a zonas de gran fertilidad agrícola y otras de selva subtropical; un país que, gracias a tan variada climatología, puede presumir de una flora y una fauna tan ricas como variopintas. Inmersos en Oriente Medio, rodeados de naciones que hablan árabe, situados entre Irak y Afganistán, Rusia y el Golfo Pérsico, los iraníes se expresan en una lengua indoeuropea. Generalmente, concebimos Irán como una nación homogénea, cohesionada por recios mimbres culturales, cuando lo cierto es que las minorías (azerí, kurda, jangalí, baluchí, turcomana y otras) constituyen casi la mitad de la población. Desde la revolución de 1979, las mujeres iraníes están sometidas a uno de los códigos islámicos más estrictos en lo que a la indumentaria se refiere, lo que explica, en parte, que muchas familias iraníes consientan en que sus hijas estudien y ejerzan una profesión incluso estando casadas, de modo que las mujeres constituyen el sesenta por ciento de la población universitaria. En Irán se alzan algunos de los más sobresalientes monumentos de la arquitectura islámica, al tiempo que se mantienen tradiciones artesanales, como la orfebrería o la manufactura de alfombras, o se recurre al bazar como ámbito para el desarrollo de la actividad comercial. No obstante, poco a poco, la capital, Teherán, ha acabado por rendirse al hormigón, a la saturación del tráfico y a la contaminación. Con la posible excepción de Rusia, pocos pueblos hay que se sientan tan orgullosos de su acervo literario como lo está el iraní, sobre todo en lo tocante a la poesía: son muchos los iraníes que recitan de memoria largos pasajes de sus poemas preferidos, y las máximas de sus poetas más insignes se han incorporado al decir cotidiano. Es una poesía que, por encima de todo, exalta los placeres de la vida: el vino, la belleza, las flores o el embelesamiento sexual. Del mismo modo, la interpretación chií del Islam tiene un fuerte arraigo en las tradiciones populares de los iraníes. El mes de *muhárram* (de la expiación para los chiíes), es escenario de manifestaciones religiosas sobrecogedoras,

dominadas por un profundo sentimiento de dolor y de reivindicación exacerbada de la traición e injusticia sufridas. Durante estas celebraciones, el recitado en público de poemas religiosos desempeña un papel determinante. Además, la cultura religiosa iraní acoge en su seno a los mulás más severos y fundamentalistas del chiismo. Se trata de un país, por último, que, aun siendo depositario de una venerable tradición monárquica, en la actualidad se proclama república islámica; sin embargo, sólo el 1,4 por ciento de la población asiste a la oración comunitaria de los viernes.

Y otra interpretación falaz que hay que rebatir: por más vueltas que le demos, Irán y Persia son lo mismo. Frente a la imagen romántica de Persia que todos llevamos dentro –jardines cuajados de rosas y ruiseñores, caballos que galopan como el viento, mujeres tentadoras y misteriosas, sables afilados, alfombras de colores fulgurantes, poesía y deliciosas melodías–, se alza el estereotipo al que recurren los medios de comunicación occidentales cuando informan sobre Irán: mulás de gesto hosco; petróleo; pálidos rostros de mujeres que observan ensimismadas desde el interior de negros chadores; multitudes exaltadas que queman banderas al grito de “muerte a...”, etcétera.

Al sur de Irán está situada la provincia de Fars, cuya capital, Shiraz, acoge los yacimientos arqueológicos más antiguos e impresionantes del país: Persépolis y Pasargada (aparte de Susa, en el cercano Juzistán). En la antigüedad, la provincia era conocida como Pars, por el nombre de la tribu allí asentada, los persas. Cuando los persas crearon un imperio que aglutinó aquella región, los griegos dieron en llamarlo imperio persa, y el término “persa” que ellos introdujeron fue el mismo con el que los romanos y, más tarde, los europeos calificaron los sucesivos imperios que se alzaron en el territorio que hoy ocupa Irán, a saber: la Persia sasánida durante los siglos que precedieron a la conquista musulmana, la Persia safaví de los siglos XVI y XVII, y la Persia de la dinastía qayarí, en el XIX. Pero, a pesar del transcurso de los años, los habitantes de aquellos imperios se reconocían como iraníes y se referían a su país de origen como Irán, voz acuñada desde la más remota antigüedad que, al parecer, designaba la “nobleza” y era afín a otro vocablo similar en sánscrito relacionado con “ario”, término tan caro a las ideologías racistas que surgieron a finales del siglo XIX y comienzos del XX.¹

En 1935, el sah Reza, en su afán por marcar distancias entre su régimen y la desprestigiada dinastía qayarí, envió instrucciones a sus embajadores

para que, en los despachos oficiales, los gobiernos foráneos se refiriesen a su país como Irán. Pero todavía son muchos los iraníes, sobre todo entre quienes residen en el extranjero, que, al escribir en inglés, recurren al término “Persia” que, para ellos, aún conserva el regusto de evocadoras ensoñaciones. A nadie sorprende que los hablantes de otras lenguas designen un país con un nombre diferente al que utilizan los nacidos en aquellas latitudes. Así, el país que en español se denomina Alemania, en inglés es *Germany*, para los franceses es *Allemagne* y los propios alemanes lo denominan *Deutschland*. Del mismo modo, el término persa para referirse a Gran Bretaña es *Inglistán*, que poca gracia le hará a un escocés, por poner un ejemplo. Los iraníes dicen de sí mismos que su lengua es el farsi, derivación de un dialecto iraní que se hablaba en la provincia de Fars y que, en la actualidad, no sólo se habla en Irán, sino que es mayoritaria en Tayikistán, al igual que el dialecto dari lo es en Afganistán. El farsi ha ejercido también una gran influencia en la lengua urdu, que se habla en Pakistán y en el norte de la India. Si bien no hago distinciones entre los términos “Irán” y “Persia”, suelo recurrir a “Irán” para referirme a hechos posteriores a 1935, y reservo el término “Persia”, como normalmente se conocía el país, para los siglos precedentes. Como el lector tendrá ocasión de comprobar, en los primeros capítulos de este libro utilizo el término “iraní” para referirme a pueblos y lenguas que nada tienen que ver con Persia, y que abarcan una región mucho más amplia, como los partos, los sogdianos y los medos.

Los títulos dedicados al Irán contemporáneo, así como a periodos anteriores de su historia, son innumerables. Algunos parten de la más remota antigüedad, como la soberbia *Cambridge History of Iran*, en siete volúmenes, o el ambicioso, aunque inconcluso, proyecto de *Encyclopedia Iranica*, fuente inagotable de conocimientos sobre los avatares, no sólo históricos, de Irán. En modo alguno me he propuesto competir con tales obras, sino esbozar una introducción a la historia de Irán partiendo del supuesto de que poco o nada se sabe sobre el particular. Esto no excluye un empleo riguroso del método histórico, el único válido para explicar las grandes paradojas y contradicciones de este país en su devenir. Como el lector tendrá ocasión de comprobar en el capítulo III, dedicado a la poesía de la Persia antigua, se trata de una somera aproximación a la cultura intelectual y literaria de Irán, cuya influencia, más allá de Oriente Medio, Asia Central o la India, se extiende a todo el mundo.

I
LOS ORÍGENES: ZOROASTRO,
LA DINASTÍA AQUEMÉNIDA Y LOS GRIEGOS

Los persas, fogosos por naturaleza, son también pobres.

Palabras de Cresos, rey de Lidia,
según HERÓDOTO

La historia de Irán plantea una pregunta obligada: ¿quiénes eran los iraníes? o, lo que es lo mismo, ¿de dónde procedían? Esta pregunta es consustancial a toda investigación histórica, pero en el caso iraní se trata de una cuestión que, de forma recurrente y hasta el día de hoy, se han planteado incluso los mismos sujetos del interrogante.

La respuesta tradicional nos dice que los iraníes formaban parte de una rama desgajada del tronco de los pueblos indoeuropeos que, procedentes de las estepas rusas, se asentaron en Europa, Irán, Asia Central y el norte de la India, como consecuencia de una serie de invasiones y migraciones que tuvieron lugar a finales del segundo milenio a. de C.

Esta respuesta explica, asimismo, la estrecha relación que se advierte no sólo entre el persa y otras lenguas indoeuropeas, como el sánscrito o el latín, sino también con lenguas más modernas, como el hindi, el alemán o el inglés. Así, cuando un hablante de alguna de las lenguas europeas toma la decisión de estudiar persa, no tarda en descubrir vocablos que le resultan familiares, que le “suenan”, por así decirlo. Algunos proceden de términos como *pedar* (“padre”, en español; en latín, *pater*; *father*, en inglés); *dokhtar* (*daughter*, *girl*, en inglés; *Tochter*, en alemán; en español, “hija”, “muchacha”), *mordan* (“morir”; en latín, *mortuus*; *mourir*, *la mort*, en francés), *nam* (“nombre”, en español; *name*, en inglés), *dar* (*door*, en inglés; en español, “puerta”), *moush* (*mouse*, en inglés; en español, “ratón”), *robudan* (“robar”, en español; *to rob*, en inglés), *setare* (*star*, en inglés; “estrella”, en español), *tarik* (*dark*, en inglés; “oscuro”, en español), *tondar* (*thunder*, en inglés; “trueno”, en español) y quizá el

más significativo, el referido a la primera persona del singular del verbo *to be* (“ser”, en español) que, en persa, se corresponde con el sufijo *-am* (*I am*, en inglés, como en la frase “*I am an Iranian*” o, en persa, *Irani-am*; “soy iraní”, en español). Cualquier angloparlante con conocimientos de alemán habrá descubierto que la gramática persa no sólo le resulta familiar, sino mucho más sencilla que la germana, puesto que los nombres, por ejemplo, carecen de género y tampoco se declinan. El persa, como el inglés, ha evolucionado a formas más simples, desprendiéndose de las rígidas declinaciones y conjugaciones a que recurría la lengua persa en el pasado. No guarda ninguna relación estructural con el árabe ni con cualquiera de las lenguas semíticas del Oriente Medio de la antigüedad, aunque tras la dominación árabe incorporó numerosos vocablos de esa lengua.

Mucho antes de que llegasen desde el norte las migraciones de individuos que hablaban lenguas iránicas, aquellas tierras que, andando el tiempo, serían conocidas como “tierra de Irán” (*Iran zamin*) estaban ya pobladas. Hay vestigios de la presencia de seres humanos en la meseta iraní en la Edad de Piedra, unos cien mil años a. de C. En esta época, en los montes Zagros y sus alrededores, al este de la espléndida civilización sumeria de Mesopotamia, se asentaron prósperas colonias de agricultores. En las excavaciones realizadas en Hajji Firuz Tepe, además de fragmentos del ánfora de vino más antigua del mundo, se han encontrado residuos de uva y trazas de resina (conservante que, de paso, realizaba el sabor), lo que nos permite pensar que el vino que elaboraban era parecido a la *retsina* de los griegos.¹ Gracias a los contactos que mantuvieron con Mesopotamia, sabemos de la existencia de pueblos como los gutianos o los maneos. Antes y durante el periodo de las migraciones iránicas a la región que, más tarde, se conocerá como Juzistán y Fars, floreció el imperio de Elam, con Susa y Anshán como ciudades más importantes. Los elamitas se expresaban en una lengua que nada tenía que ver con las que se hablaban en Mesopotamia o en la altiplanicie iraní –aunque se vieron sometidos o conquistados por sumerios, asirios y babilonios–, y algunos retazos de su cultura fueron asimilados por las posteriores dinastías iránicas. La influencia de los elamitas traspasó con creces los límites de lo que se cree fue su imperio, como puede observarse en Tepe Sialk (al sur del enclave actual de la ciudad de Kashán), cuyo zigurat y otras construcciones de la época permiten suponer que se trataba de un

asentamiento elamita. Se estima que el zigurat de Tepe Sialk se construyó unos dos mil novecientos años a. de C.

A pesar de las conquistas y migraciones y de las posibles deportaciones masivas o genocidios, las pruebas de ADN realizadas en países del entorno durante los últimos años apuntan a una relativa estabilidad del material genético a lo largo del tiempo. Es probable que los primeros pobladores –o conquistadores– de ascendencia irania fueran escasos en comparación con las poblaciones establecidas allí previamente. Sin embargo, estas poblaciones terminaron por adoptar el lenguaje de la minoría irania y establecieron vínculos de parentesco con ella. También es probable –pues es algo que se ha perpetuado hasta nuestros días– que los gobernantes de Irán impusieran sus dictados a pueblos que nada tenían que ver con ellos. De modo que, desde un principio, la idea de Irán tuvo que ver tanto con la cultura y la lengua, como con cuestiones raciales o territoriales.

A esa misma época pueden remontarse –aunque se nos muestran de manera difusa– las desavenencias entre los grupos de pastores nómadas o seminómadas de la región y las comunidades de agricultores. Irán es un país de fuertes contrastes climáticos y geográficos. Podemos pasar de los densos y húmedos bosques de Mazanderán, en el norte, a la árida y sofocante ribera del Golfo Pérsico; y de los altos y gélidos montes Elburz, Zagros o la cordillera del Cáucaso, a los desiertos de Dast-i Lut y Dast-i Kavir. Aunque hay regiones dedicadas a la producción agrícola –explotadas mediante un ingenioso sistema de riego que aprovecha las aguas subterráneas–, una gran extensión del territorio iraní, escarpado o semidesértico, no es apta para la agricultura, aunque proporciona buenos pastos durante parte del año. Por estas tierras abruptas deambulaban los nómadas con sus rebaños, y todo parece indicar que los iraníes primitivos se dedicaban al pastoreo.

En aquel mundo del pasado, los pastores nómadas gozaban de ciertas ventajas sobre los agricultores, más apegados al terreno. Todo cuanto tenían los primeros era el ganado, lo que significaba que podían trasladar sus pertenencias de un sitio a otro y huir ante posibles amenazas sin sufrir grandes descalabros. Podían ser atacados por otros nómadas, como es natural, pero también saquear los asentamientos agrícolas con relativa facilidad. Frente a ellos, los agricultores llevaban las de perder: si eran atacados en el momento de recoger la cosecha, podían dar por